

Ventarrones y canibalismo

Perros bravos

RODRIGO MORA

Tragaluz Editores, colección Pececito de Plata, Medellín, 2009, 109 págs.

DE PRINCIPIO a fin, sea a través de los ventarrones de pesadilla que arrancan las tejas de las casas, de los balones infantiles que impactan las ventanas del vecindario, de los automóviles que explotan en medio de las autopistas, de las linternas policiales que revientan contra las pupilas aterradas de los prisioneros, o del estallido de la música en las cabezas desahuciadas de los roqueros, las páginas que componen el libro de cuentos *Perros bravos* están atravesadas por el estruendo. Porque la realidad que estos relatos inventan al desplegarse frente a los ojos del lector, se constituye por el encuentro, innumerablemente repetido, de fragmentos de mundo que no se soportan entre sí, que se repelen y se repugnan, que convierten las diferencias y contrastes —de las cuales podrían, en otra dimensión de lo posible, resultar enriquecidos— en otras tantas maneras de la violencia.

Discordia, decía don Fernando de Rojas en su *Celestina*, es la manera como las cosas se ordenan en el mundo. Pero, la manera como ese discordar se manifiesta en el paisaje que nos retrata Rodrigo Mora, a lo ancho y largo de sus narraciones, adquiere visos muy específicos. Esa fuente de la contradicción, que se ve como el estorbo que impide el libre transcurrir tras la satisfacción de un deseo, y que se constituye en el alma del conflicto que ha nutrido buena parte de nuestra tradición, surge en las páginas del libro, seca y rasposa. Pura imposibilidad. Negación desde el origen y contundencia de la venganza.

Quizá esos niños que rompían a fuerza de balonazos los cristales del vecindario y desceparaban los rosales, para luego intentar en vano ponerse a salvo de la violencia paterna que se cobraba con crueldad los inconvenientes provocados, pudieran tener otra posibilidad. De repente, como rezan los manuales de la educación y la civilidad oficiales, esa ración monumental de sevicia y de arbitrariedad

que les llueve del cielo día a día, pueda ser el medio que los fortalezca y los convierta en hombres recios y capaces de cumplir con su deber. Pero no es así como sucede en el universo que muestra Rodrigo Mora; allí, a través de fognazos incandescentes, lo que se consigue vislumbrar, lo que se ve de repente, es la contundencia fugaz de un entramado, de una apretadísima red inmovible en la que cada uno de ellos se retuerce como un insecto despojado de sus alas. Queda, entonces, ese repertorio de maneras inútiles con el que los vencidos orquestan sus revanchas, o ese otro camino, extremo, que todos tuvieron tan cerca, tan a la mano, desde el principio:

Vivir cerca del manicomio siempre nos había asegurado una que otra jornada jubilosa. Los fugados llegaban a nuestro barrio y allí, en un acto majestuoso dejaban toda su felicidad, toda su rabia, toda su angustia, todas sus risotadas, todas sus miradas amenazantes. Los fugados. Sí, fueron ellos quienes nos mostraron el camino verdadero. Los fugados sabían que éramos su público.

Se conserva también, para ellos, ese gesto irónico, impúdico, victorioso, con el que aquella mujer loca, que expone su desnudez sin reparo alguno, enfrenta la llegada de los policías.

Ella, al verlos, comenzó a caminar con elegancia por la acera. Llevaba las manos en la cintura, entornaba los ojos y sus labios hacían una mueca de lascivia. Ellos se acercaron. Ella sonreía y ellos sonreían.

Poco importa que luego, ya cubierta con una manta mugrienta que uno de los policía le alcanzó y que de pronto ella

abrazó como las mujeres se abrazan a su abrigo de visón.

se encaminara, no al centro de reclusión mental del cual había escapado, y a donde era de esperar que se la condujera, sino al cuartel de la policía, en el que

quinientos hombres se entrenaban para lidiar las calles.

No es de extrañar que ese tarde, luego de presenciar aquel episodio perturbador que le habría de marcar para

toda la vida, nuestro protagonista, el niño que jugaba al fútbol en los callejones del barrio, sintiera la escuela “más estúpida que nunca”.

Sin embargo, a pesar de que quizá todos y cada uno de sus actos fueren de la misma manera previsibles e inútiles, siempre cabría la posibilidad de una revancha. Así sucede cuando, de manera inexplicable, el protagonista, el eventual adolescente futuro de nombre Carbonell, concluye que a lo mejor de lo que se trataba, cuando tenía ocho años y soportaba la pesadilla cotidiana de una escuela pública, era de conseguir que

la maestra nos golpeará delante de los otros treinta y cinco niños atónitos que miraban clavados en sus pupitres escolares.

De esta triste manera, ofreciendo su carne a la furia de la regla de guayacán, o blandiendo su mutismo en el examen de ingreso al coro para luego correr y escapar a la presencia del maestro y sus asquerosas costumbres, era posible resistir. O bien, emanciparse de la ruindad de la maestra miope y vengativa que se cebaba en su fragilidad infantil —a la manera de los cíclidos, peces carnívoros y crueles que devoran a sus semejantes—, arrancando con cuidado los ojos de los animales, tan parecidos a los de la mujer, y tan odiados como los de ella. Así, de estallido en estallido, exponiendo su carnalidad cada vez más descreída, a lo largo de una serie de relatos que se suceden unos a otros con la contundencia de imágenes y situaciones cinematográficas, el personaje, que es uno y muchos, que tiene realidad continua y al mismo tiempo no se somete a ninguna conexión, que ocupa un lugar concreto y un nombre, y no obstante carece de toda identidad, se despliega ante nuestros ojos.

El libro *Perros bravos* consta de trece relatos que pueden enfrentarse de manera autónoma, pero que al mismo tiempo se constituyen en una suerte de episodios vertiginosos en una extraña continuidad. Como propuesta global, el trabajo se inscribe en un esfuerzo relativamente reciente que, empero, está configurando tradición en las letras nacionales, y que se ha ocupado de crear y recrear el mundo de la marginalidad y la violencia.

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>Se trata de la construcción de un tipo de heroísmo espurio que reivindica la desesperanza y el desarraigo y que, pese a su contraculturalidad inicial, y a la pertinencia de su objeto de atención, ha venido, a ojos vista, siendo asimilado y asumiendo, sin mayores reparos, la condición de mercancía. No es el caso de esta propuesta, que cuenta con un sustrato de lealtad, sensibilidad y belleza que no puede desconocerse. Asimismo, es de resaltar la cuidadosa propuesta editorial en la que se destaca el experimento bien logrado de insertar reproducciones de obras plásticas (imágenes de Fredy Serna) que dialogan con el texto escrito más allá de la simple y mecánica ilustración.</p> <p>Rafael Mauricio Méndez Bernal Profesor, Facultad de Artes ASAB, Universidad Distrital Francisco José de Caldas</p> <hr/>		